## La lengua de Yucatán

## Pablo González Casanova

Las primeras palabras que aprende a musitar el niño yucateco son en lengua maya. Este fue el idioma vernáculo de los antiguos señores de la península y que se le enseña, junto con los primeros pasos, la lengua maya junto con idiomas del Antiguo Mundo, por lo que no parece sino que se tiene latente la convicción de que los indios eran incapaces de haber creado la civilización que encontraron los Conquistadores en esas regiones, y de cuya magnificencia nos hablan todavía, con bastante elocuencia, las ruinas de templos y palacios de los dioses muertos y de los señores vencidos por la semejanza, en realidad incidental, de algunos vocablos. No se examinan esas semejanzas a la luz de un espíritu crítico impasible, y severo, sino que se acogen con alegría, se aceptan sin más examen y se entregan a la fantasía para que forje toda una leyenda, hermosa odisea de inmigrantes de remotos países que vinieron a establecerse en un país virgen del paso de los hombres, y que trayendo consigo las costumbres como parte del todo, fueron los elementos en que encarnó el genio creador de la civiliza-

ción amerindiana, cuya lengua, último baluarte de su perdida nacionalidad, es la expresión ingenua de la compleja mentalidad indígena, tan complicada como los extraños jeroglíficos que revisten los muros de sus ciudades en ruinas. Y ya no extrañaremos que la lengua maya, lengua de uno de los pueblos más civilizados del mundo, se aprenda con los primeros pasos, de la mano de la vieja *chich,* humilde descendiente de la orgullosa raza indígena. No es extraño, por lo tanto, que el yucateco siga valiéndose después de la lengua que aprendió cuando niño, no tan sólo en su trato con el nativo, sino aún en sus relaciones familiares, y que sepa manejarla también para vaciar en ella las creaciones de su vida imaginativa, dándonos cuentistas y poetas en una lengua que parecía llamada a desaparecer, vencida por la de los conquistadores. No parece, al contrario, sino que éstos se empeñan en conservarla, identificándose con el indígena, en su amor a las cosas de la tierra natal, tantas son las gramáticas y vocabularios para aprenderla que desde la de Fray Beltrán de San Buenaventura, el protomaestro del

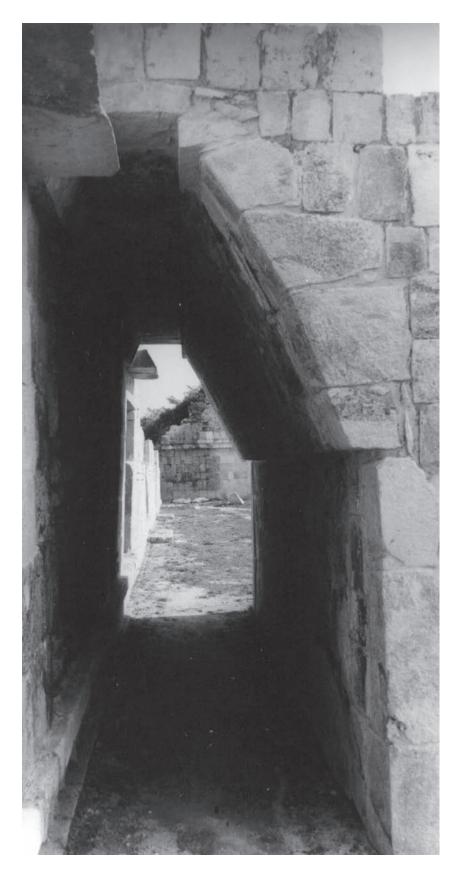
Pablo González Casanova. Nació en Mérida en 1889. Estudió lingüística y filología en París. Pionero en el estudio científico de las lenguas indígenas de México. Fundador del Instituto de Investigaciones Lingüísticas. Su temprana muerte a los 47 años de edad truncó una brillante carrera. Su obra se encuentra dispersa en la prensa y revistas especializadas. Nunca se reunieron en libro sus trabajos. Murió en el Distrito Federal en 1936.

idioma yucateco, como se acostumbra llamarlo, han aparecido en el espacio de cuatro siglos que han pasado desde que por vez primera holló la planta del aventurero español el suelo yucateco.

Esa resistencia indomable de la lengua maya, que no cede terreno a la española sino paso a paso y para recuperar enseguida lo perdido, pone de manifiesto el robusto sentimiento nacional que anima a la antigua raza, y que a pesar de lo heterogéneo que pudiera considerarse la población actual, se traduce todavía en ese espíritu de provincialismo que suele reprocharse al yucateco injustamente, porque no se tiene en cuenta el aislamiento a que ha estado condenado primero durante la dominación española y enseguida desde la Independencia.

Pero, volviendo a la lengua maya, no deja de sorprender la tenacidad con que se persiste en relacionarla con otroras lenguas, junto con las ruinas de templos y palacios de los dioses muertos y de los señores vencidos.

El sabio abate Brasseur de Bourbourg, hallaba en ella sorprendentes semejanzas con las lenguas semíticas y las indoeuropeas: el famoso Le Plongeon quería relacionarla con el griego y el egipcio, que hoy resulta afín de otro idioma africano, el bornú; con las lenguas china y japonesa, la compara Kenedy, afirmando su íntima relación, mientras Campbell, pretende que es innegable su afini-





dad con alguna lengua de Oceanía, y aseveran otro tanto Thomas y Traeger. Como se verá, casi no hay un lugar de la tierra en el que no se haya ido a buscar relaciones a la lengua maya. ¿A qué se debe esto? ¿Obedece nada más a sus particularidades fonéticas, que por su abundancia en sonidos velares recuerda el fonetismo de las lenguas semíticas? ¿Acaso el número de vocablos monosilábicos en que es tan rico el maya, permite comprobar su afinidad con el chino? ¿Algunos de sus procedimientos morfológicos, son indicio bastante para suponerlo relacionado con el japonés? ¿Hay evidencias suficientes para declararlo afín de alguna lengua europea o de Oceanía?

La imaginación, enamorada de lo desconocido, anhela aventurarse por las sendas más obscuras del misterioso imperio del pasado, y, acuciada por el deseo, que la hostiga infatigable a seguir adelante, cree encontrar, a cada paso, huellas evidentes de relaciones insospechadas. Nadie cuida de atender las diferencias enormes que separan ambas lenguas y una y otra civilización. La buena voluntad colma el vacío, y la seductora criatura de la imaginación, revestida con falsas galas de la ciencia, se yergue altiva y desdeñosa, menospreciando a la verdad desnuda que sólo ofrece la seducción de sus formas eternamente núbiles.

Mas si nos dejamos engañar por los artificios y afeites de la falsa ciencia y

contemplamos al indio que hoy trabaja nuestros campos y admiramos en él, mísero esclavo de nuestra civilización avasalladora, al descendiente de los constructores de templos y palacios cuyas ruinas reclaman nuestra admiración, habremos de convencernos que su mentalidad plástica, su paciente laboriosidad, su instinto religioso bastante primitivo y su humildad y orgullo, el sentimiento de su insignificancia y de su grandeza ante el infinito y América precolombina, perdure todavía y haya sabido imponerse a los hijos de sus Conquistadores, prevaleciendo casi sobre la lengua hispana.

Las lenguas no desaparecen sino ante el embate de otra lengua más culta, y aunque diferentes, la civilización del Conquistador y la del Conquistado, eran igualmente robustas y grandiosas, haciendo igual la lucha e indeciso el triunfo. Por eso, la lengua maya, dócil instrumento de cultura sabrá evolucionar acomodándose a la nueva civilización y perdurará siempre, arrullando con su música a nuestros hijos y grabando en su alma muy hondo, muy hondo, el amor a la madre tierra de indios, cuya nacionalidad defiende como diamantina coraza cincelada por la tradición, la lengua yucateca.

Pablo González Casanova, M.S.A., de la Facultad de Altos Estudios. México, abril de 1922. Estracto de *Revista de Revistas*.









